

– en su Persona: toda la vida cristiana se reduce a ser por la gracia lo que Jesucristo es por naturaleza: hijos de Dios; – en sus obras: Cristo se hizo hombre para darnos ejemplo acabado de todas las virtudes: «Os he dado el ejemplo, para que hagáis como Yo he hecho» (Jn. 13 15); – en su doctrina, que nos enseña a qué verdades hemos de conformar nuestra vida para imitarle.

• **Causa meritoria** (SANTA MISA): Jesucristo, Dios hecho hombre, nos merece y comunica la vida sobrenatural, y ello de dos maneras: – como Redentor: cargando con todos nuestros pecados, los expió por su sacrificio en la Cruz, ofreciendo así a su Padre la satisfacción adecuada que su justicia infinita exigía, y abriendo de nuevo las fuentes de la vida sobrenatural, cerradas por el pecado; – como Mediador y Abogado nuestro: Jesucristo, por su intercesión siempre actual, determina sin cesar la efusión de esa vida sobrenatural en las almas.

• **Causa eficiente** (SACRAMENTOS): toda vida sobrenatural procede necesariamente de Jesucristo, y El la produce de manera exclusiva, de modo que fuera de El no hay ni puede haber vida sobrenatural ninguna.

2º La Iglesia, fiel complemento de Cristo. El misterio de la gracia es una extensión del misterio de la Encarnación: Cristo se encarnó en María para darse y unirse a las almas, crecer en ellas y continuar por ellas su vida meritoria en la tierra. Cuando rezamos, trabajamos o sufrimos bajo la influencia de la vida sobrenatural, Cristo es quien continúa, por nosotros, con nosotros y en nosotros, su vida de oración, de trabajo y de sufrimiento, para gloria de su Padre y redención de las almas: «Yo cumplo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo» (Col. 1 24). Y en la misma medida en que hayamos participado en la tierra de la vida meritoria de Cristo, participaremos de su vida gloriosa en el cielo: «Si padecemos con El, con El seremos también glorificados» (Rom. 8 17).

Por eso San Pablo llama a la Iglesia «plenitud» de Cristo (Ef. 1 22-23); por eso todo fiel prolonga la vida y acción meritoria de Cristo, como todo sarmiento prolonga la vida y fecundidad de la vid; y por eso toda obra sobrenatural es un «crecimiento de Cristo» (Col. 2 19), como todo racimo es un crecimiento de la vid.

3º Unión habitual con Jesucristo. De todo lo que precede se sigue que la Vida Interior debe traducirse sobre todo bajo forma de *unión habitual e íntima con Jesucristo*, en nuestras oraciones, trabajos y obligaciones, y en el sacrificio de nuestra vida diaria.

Esta unión cada vez más estrecha con Jesús debe ser a la vez: • una **unión de vida**, por la preocupación de crecer en Cristo en todas las cosas, mediante los sacramentos y las obras sobrenaturales; • una **unión de miras**, por la preocupación de considerar todas las cosas según la manera de ver de Jesús, es decir, desde el único punto de vista de la gloria de Dios nuestro Padre; • una **unión de voluntad**, por el empeño de hallar siempre nuestro alimento, como Jesús, en la sola voluntad de Dios nuestro Padre.

Segundo título de la Vida Interior La configuración con Jesucristo

Si la gracia nos vincula con Dios Padre a título de hijos, también nos vincula con Dios Hijo. La Sagrada Escritura nos presenta bajo un triple aspecto los lazos que el Verbo encarnado contrae con nosotros por la vida sobrenatural: • Jesucristo se convierte en nuestro **Hermano**; • lazo más íntimo: se convierte en **Esposo** de nuestras almas; • unión perfecta: se convierte en **Cabeza** de un Cuerpo del que nosotros somos miembros.

1º Jesucristo, nuestro Hermano.

La gracia santificante nos hace realmente hijos de Dios, porque nos hace hermanos de Jesucristo, nuestro Hermano mayor. En efecto, Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios (único por su generación de naturaleza), es llamado el «*Primogénito entre muchos hermanos*» (Rom. 8 29), y eso no sólo por parte de Padre, sino también por parte de Madre (Lc. 2 7), ya que a su Madre la hizo Madre nuestra. Jesucristo mismo, después de su resurrección, dijo a María Magdalena: «*Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios*» (Jn. 20 17).

Así, pues, por la vida de la gracia, Dios es realmente nuestro Padre, María es realmente nuestra Madre, y Jesucristo es realmente nuestro Hermano mayor; los tres nos rodean de un amor inefable, y nos reunirán un día, herederos de la misma gloria, en el mismo banquete eterno.

2º Jesucristo, Esposo de nuestra alma.

La Revelación nos presenta también la unión de Jesucristo con las almas en estado de gracia, como un verdadero matrimonio: • SAN JUAN BAUTISTA proclama oficialmente a Jesús «*Esposo de las almas*» (Jn. 3 29); • JESUCRISTO se pinta a sí mismo bajo los rasgos de un Hijo de rey, venido a este mundo para contraer bodas con la humanidad, con las almas (Mt. 22 2ss); • el apóstol SAN JUAN, en el Apocalipsis, canta con entusiasmo las bodas eternas del Cordero, comenzadas por la gracia, consumadas en la gloria; • SAN PABLO ve en el matrimonio cristiano «*una imagen*» de la alianza que Cristo contrae con la Iglesia y con cada alma, lo cual significa que la unión de Jesús con nuestras almas es tan superior a

la unión conyugal, como la realidad lo es a la figura (Ef. 5 25-33); • finalmente, según toda la TRADICIÓN CATÓLICA, el Cantar de los Cantares es el poema alegórico de la gracia santificante, y de los desposorios de Cristo con su Iglesia y con las almas.

La unión que Jesús contrae con nuestras almas por la gracia es un verdadero matrimonio: • porque procede de su amor inmenso por nosotros, amor que supera al más ardiente amor humano, y cuya vehemencia podemos entrever por todas las maravillas que Jesús realiza para llegar a la unión con nuestra alma; • y porque en esta unión Jesús ofrece al alma el triple bien que todo esposo aporta a la esposa: – su nombre de «cristiano» y sus títulos a la «filiación divina»; – sus bienes: todos sus méritos y gracias; – y el goce de su persona, en esta vida por la gracia santificante, y en la otra por la visión beatífica.

3º Jesucristo, nuestra Cabeza.

Por muy reales e íntimas que sean las relaciones de Jesús con nosotros a título de Hermano y de Esposo, su unión con nosotros sólo aparece en toda su perfección en el dogma de nuestra *incorporación a Cristo*. Este dogma se basa en la voluntad del Padre de hacer de su divino Hijo la Cabeza de todos los redimidos y el Primogénito entre muchos hermanos.

1º Jesucristo tiene dos cuerpos, tan reales el uno como el otro: • *su cuerpo natural*, que fue formado en el seno virginal de María Santísima, y que alcanzó su perfección cuando salió glorioso del sepulcro; • y *su cuerpo místico* (esto es, «misterioso»), que está constituido por las almas justas, y que no alcanzará su perfección sino al final de los siglos.

Llamamos cuerpo a un organismo con miembros variados, animado por una sola y misma vida, por una sola y misma alma. Según esta definición, todas las almas justas forman con Cristo un solo y mismo cuerpo. Todas, en efecto, en medio de la innumerable variedad de sus cualidades y funciones, se encuentran animadas de una misma vida, la vida de la gracia, participación de la vida divina. La plenitud de esta vida se encuentra en Cristo como en la cabeza; y de El se comunica a cada uno de nosotros por la acción incesante del Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo, que es el alma de este cuerpo místico, alma estrechamente unida a la Cabeza y a cada miembro.

Nuestra incorporación a Cristo se realiza por el Bautismo: «Todos nosotros somos bautizados en un mismo Espíritu para componer un solo cuerpo» (I Cor. 12 13), y se alimenta con la Sagrada Eucaristía: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, en Mí mora, y Yo en él. Así como el Padre que me envió vive, y Yo vivo por el Padre, así también quien me come vivirá por Mí» (Jn. 6 56-57).

2º El Cuerpo Místico de Jesucristo es una realidad sobrenatural, que no puede percibirse ni por los sentidos ni por la razón, pero que se encuentra atestiguada por la palabra infalible de Dios:

• **Jesucristo**, en el Sermón de la Cena, dice a sus apóstoles: «Permaneced en Mí, como Yo en vosotros. Al modo como el sarmiento no puede de suyo producir fruto,

si no está unido a la vid; así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos» (Jn. 15 4-5). Por ahí afirma que nosotros le estamos unidos como el sarmiento lo está a la vid, es decir, que formamos con El un mismo cuerpo animado de una misma vida divina.

• Dice más expresamente aún: «Padre Santo, guarda en tu nombre a los que Tú me has dado, a fin de que sean una misma cosa, como Nosotros... Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno, como Nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, a fin de que sean consumados en la unidad» (Jn. 17 11, 22-23). Aquí Jesucristo compara nuestra unión con El, no ya a la existente entre la vid y los sarmientos, sino a la existente entre El mismo y el Padre.

• **San Pablo** inculca frecuentemente en sus epístolas el dogma de nuestra incorporación a Cristo: «Nosotros, siendo muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, y somos miembros unos de otros» (Rom. 12 5); «Dios ha puesto todas las cosas bajo los pies de Cristo, y lo ha constituido Cabeza de toda la Iglesia, la cual es su cuerpo» (Ef. 1 22); «porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros, con ser muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo..., en quien componemos un solo cuerpo... Vosotros, pues, sois cuerpo de Cristo, y cada uno, por su parte, miembros» (I Cor. 12 12ss).

3º Jesucristo es Cabeza de la Iglesia, y nosotros sus miembros, porque le corresponde en ella la primacía de orden, de perfección y de influjo.

• **Primacía de orden:** la cabeza es la parte más digna y elevada del cuerpo; del mismo modo, Cristo, constituido «Primogénito entre muchos hermanos», es el más digno de todos ellos, y el más elevado y cercano a Dios (por la gracia de unión hipostática).

• **Primacía de perfección:** la cabeza es la parte más perfecta del cuerpo, porque en ella se reúnen todos los sentidos internos y externos; del mismo modo, Jesucristo reúne en su persona todas las perfecciones, virtudes y dones que nosotros hemos de imitar.

• **Primacía de influjo:** de la cabeza procede el influjo vital, y desde ella se comunica a los demás miembros; del mismo modo, Cristo es la fuente de toda nuestra vida sobrenatural: – porque de El procede toda vida divina: en El reside la plenitud de esta vida, de la cual nosotros recibimos gracia sobre gracia; – y porque El, después que nosotros la perdiéramos por el pecado, nos la mereció de nuevo por su sacrificio redentor.

Conclusiones prácticas para la Vida Interior.

1º Jesucristo, vida del alma. Por la gracia santificante vivimos realmente y sin figura la misma vida de Jesús, bajo la influencia y dependencia constante de Jesús, como el sarmiento vive de la vida de la vid y el miembro de la vida de la cabeza. De ahí las múltiples afirmaciones de San Pablo: «Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal. 2 20); «Cristo es nuestra vida» (Col. 3 4); y lo es de todos los modos posibles, esto es, en cuanto causa ejemplar, causa eficiente y causa meritoria de esta vida divina.

• **Causa ejemplar** (AÑO LITÚRGICO): Jesucristo, Dios hecho hombre, vino entre nosotros como modelo vivo de nuestra vida sobrenatural y de nuestra filiación divina: